



Código documento: 056cas

Nombre documento: Relatos y cuentos: El último templario. El soldado del Camino.

Idioma: Castellano

Fecha creación: 5 de febrero de 2010

Autor: Gregorio de Zaragoza

El último templario - El soldado del Camino

Expresiones como estas se oyen y leen constantemente refiriéndose a Tomás:

Tomás de Manjarín

Cualquier persona que haya tenido alguna relación con el Camino de Santiago en los últimos diez años, ha oído hablar de Tomás y cualquiera que haya caminado por sus feudos habrá sido sorprendido por la asonada de campana y los gritos de "bienvenido peregrino" que dedica a todos como reclamo para que pares, descanses y converses con él. "¡Bienvenido peregrino!... la puerta abierta, la sonrisa amplia...

"Bienvenido peregrino, por un momento deja tu caminar y ven a descansar a mi lado."

- ¡Un loco! dicen unos.

- Un extraterrestre (lo sé de buena tinta), auguran otros.

- Un solitario amargado, me contaba el psicólogo argentino que había sufrido muchas y muy amargas experiencias.

- Alguien que no sabe vivir en sociedad, fue la confianza de aquel guardiacivil, de paisano y de servicio en el Camino, con el que coincidí en el 99 (creo recordar que era de Alloza).

Pero fue mi amigo Francisco el brasilero quién, a mi juicio, le dio la mejor definición:

- Un buen hombre.

¿Que cual es su historia?

Pues perdonarme pero yo solo cuento cuentos, ya que las biografías requieren un estricto sometimiento a la objetividad y a la veracidad y no permiten deslizarse en los alucinantes mundos de la fantasía, mi compañera, mi amiga, mi maestra. Pero si no me siento con fuerzas para escribir su biografía, sí que puedo contaros algún dato del lugar en donde vive, de lo que le he visto hacer, le he oído contar o me han contado de él y por fin, de lo que yo me imagino que hace.

Tomás, de apellido olvidado, es un hombre de un metro sesentai..., pelo lustroso moreno y hacia atrás, de unos cincuentai... años, natural de alguna populosa ciudad, con algún oficio artesano y productivo, lleva gafas de pasta y a modo de armadura una emblemática camiseta con la figura de Cristo y símbolos templarios, además de un sin fin de manchas.

Usa barba sin arreglar, va armado con una gastada riñonera de la que jamás se desprende y que se le conoce "de toda la vida".

Tiene el semblante digno y serio y una forma de hablar cariñosa y renegona a la vez.

De gestos compulsivos y andar nervioso, quiere estar atento a todo y a todos. Especialmente otea, a la espera de peregrinos, la carretera que pasa por Manjarín, pueblo maragato prácticamente deshabitado en el que está el refugio que él cuida y habita.

No es el típico solitario desarraigado, este año, Francisco y yo lo hemos visto mas agitado que de costumbre, el motivo...

- ¡Mi hija llega hoy! ¡Viene a verme!

- Todo debe de estar en orden, todo debe de relucir como sus ojos, todo debe de estar limpio como su alma, porque imi hija viene hoy!

Un padre amante no es nunca un solitario desarraigado, aunque, por vocación, esté solo.

Tampoco es un ermitaño a la antigua usanza, tiene teléfono móvil que sabe usar perfectamente.

No es un ocioso. Siempre que he pasado por allí lo he encontrado haciendo algo, arreglar los tejados, fregar vasos y tarros para el café de los peregrinos (de los que disfruten de estómagos fuertes e intestinos agradecidos), cortar leña, encorrer a las ocas o gansos o lo que sean esos bravos animales que tiene, cambiar el aspecto del local, vamos, las cosas domésticas y las mas variopintas.

¿Que si es un loco por vivir en esas soledades?

No acierto a decidir cual es mayor locura, si apearse de este mundo de vanidades o alimentarlo con las nuestras.

Trata bien a todo el mundo, abraza cariñoso y efusivo a pastores y caminantes asiduos de esas alturas y a turistas ansiosos de autenticidad, da detalles y señales de sendas alternativas a peregrinos aguerridos, proporciona noticias de otros peregrinos que han pasado y le han dejado encargos, manda recuerdos para los conocidos.

Es austero, vive sin agua corriente pero con una hermosa fuente, sin luz eléctrica pero iluminado por su afán que no es otro que el Camino, con poco sitio pero sin miedo a compartirlo con cualquier peregrino.

Nunca pide nada, siempre ofrece algo, café o té, ese sello tan bonito que ha mandado hacer, una historia que recuerda de una fotografía envejecida prematuramente por rodar por el albergue y de mano en mano de los peregrinos.

- Esta familia de holandeses hizo el camino en carreta.
- ¡Anda, como las del Oeste!
- Si, en esa de la foto.

Como buen caballero templario, dispone de un escudero, un hombre joven, de igual estatura que Tomás y de piel curtida por la intemperie y por la vida, que vive con él y atempera sus arranques.

El libro de peregrinos del albergue contiene los mensajes mas variados y efusivos que he acertado a leer, visiones fantasmales, historias de templarios y magos y espíritus, nombres que solo son nombres que quieren ser, críticas por las condiciones tan austeras del lugar, agradecimientos.

Es el albergue una estancia pequeña. La parte de abajo ocupada por la mesa y los bancos en los que descansan los peregrinos tomando la infusión que Tomás les ofrece y donde escriben sus mensajes en el libro del lugar, a favor o en contra o despistados pero nunca indiferentes. La parte de arriba, un techo bajo y un suelo de madera en donde los peregrinos reposan sus cansados huesos.

El lugar de Manjarin no pasa de ser una aldea abandonada en las alturas de la sierra que separa maragatos y bercianos, la mina y la huerta, el oro de los romanos y la fruta, oro del presente.

Esa que fue la casa de algunas familias ganaderas hoy lo es de Tomás, su ayudante, las ocas y alguna vaca que por allí pasta y duerme. Tiene el pequeño cementerio abandonado como solo se abandona a los muertos, "Tus hijos que no te olvidan, octubre de 1941". Hoy se ven síntomas de recuperación en alguna de las bordas o casas del lugar.

Está el antiguo pueblo a media jornada entre Rabanal y Ponferrada, en el puerto de montaña, entre brumas casi perpetuas, pasada la histórica conciliar y casi abandonada Foncebadón con su Cruz de Ferro y antes de pasar junto a los militares y bajar al Acebo.

Este es un lugar mágico si es que los hay en el Camino, por su aislamiento, su naturaleza poco cultivada, su endiablada climatología, por su energía palpable en el ambiente y por la personalidad de Tomás que lo ilustra todo.

Tanto Tomás como el Lugar han ido adquiriendo fama de míticos y misteriosos, de persona y lugar fuera de lo normal y algunos hechos me han contado que acrecientan esa fama, pero... ¿está justificada?

Brasil, junio de 2001:

Mi nombre es Luis Rosas Mendez. He conseguido mi sueño y, con la ayuda del Santo, he terminado mi peregrinación, mi Camino de Santiago, en este mes de mayo pasado.

Antes de hoy no he sido capaz de pasar a limpio ni una sola línea de mi cuaderno de notas para la Asociación de Amigos del Camino de Santiago, y aún hoy tengo dudas de si contar o no mi experiencia en Manjarín. Y digo bien cuando digo experiencia en singular, pues a pesar de las muchas vividas (he conseguido contar alguna a mis amigos), al final siempre acabo guardándome la "experiencia definitiva" de mi Camino de Santiago.

Los meses antes de emprender viaje fueron meses de estudio, lectura, comparaciones, conversaciones, debates, visionado de fotografías y de videos sobre mi destino "El Camino de Santiago". Quise empaparme de todo detalle, no quería perderme nada, examiné guías turísticas, artísticas, culturales, consulté mapas, tracé planes y etapas y me preparé para realizar las visitas a los lugares y a las personas que según todos los datos formaban el Camino. El sentido penitencial de la peregrinación y mi creencia de un bien universal y cosmológico junto con mi sentido humanista de las relaciones, fueron los focos que iluminaron la preparación de mi ruta, que solo se modificó por encuentros con algunos peregrinos que dejaron huella en mi corazón.

Había multitud de lugares con la magia del Camino que yo quería conocer, esa magia se percibía en los paisajes humbrosos de los Pirineos, en decenas de iglesias y ermitas, algunos castillos templarios y lugares donde la leyenda sitúa hechos heroicos de personajes míticos como Roldán.

Tres de estos lugares coincidían en una sola etapa, la etapa reina si habláramos en términos ciclistas. Esos lugares son Foncebadón, la Cruz de Fierro y Manjarín.

Ya eran muchos los días de andar y de recibir y acumular experiencias humanas y espirituales. Sobre las ocho de la mañana salí de Rabanal del Camino, había procurado iniciar esta etapa yo solo para ir concentrado en mi interior y no perder ni uno solo de los sentimientos que la etapa estaba seguro me proporcionaría, mis compañeros peregrinos lo comprendieron y respetaron mi soledad.

Comencé despacio, saboreando cada rincón, parándome ante cada vestigio y ruina intentando descifrar que función tendría y como serían sus habitantes en los siglos pasados, vi lo que yo creí trazas de calzada medieval o romana, restos de canalizaciones de agua para las minas romanas, paseé por las calles empedradas de recuerdos y vidas huidas, entre casas hundidas por el peso de los años, de la historia y del progreso tecnológico, hice fotografías de cada rincón, me paré ante lo que fue una de las iglesias de Foncebadón, hoy solo un paño de obra con las cuencas de las campanas vaciadas por el tiempo y el abandono, recé ante su cementerio brumoso recogido y familiar y emprendí el camino hacia el alto en donde está instalada la Cruz de Fierro. Al llegar lo primero que hice fue depositar esa pequeña piedra plana que traje en mi bolsillo desde mi ciudad de origen y con ella dejaba mis anhelos y esperanzas para que se vieran cumplidos. Luego me senté a meditar en el banco de piedra que rodea la ermita conmemorativa del lugar sin atender al clima ni a otros peregrinos hasta que, el frío y la fina lluvia hicieron que me levantara para desentumecerme.

En ese ambiente mágico, místico y espiritual continué el camino hacia Manjarín donde llegué a media tarde y en donde pensaba pasar la noche en compañía de Tomás, el último templario, y conseguir impregnarme de las energías positivas del lugar. Lo cierto es que de lo primero que me impregné fue de una pátina de polvo tan viejo como el mundo que había en el albergue y de los gritos que me lanzaban como saludo las ocas de Tomás.

Me sorprendió que no hubiera nadie mas que Tomás, su ayudante y yo, pero al comprobar que la estancia carecía de luz eléctrica, de agua corriente, de literas, baño, cocina y de cualquier otra comodidad, aparte de la estufa de leña que Tomas había comprado este invierno, ya no se me hizo tan raro.

Lo primero que hice fue leer el libro de peregrinos y anotar minuciosamente, en mi diario, todas mis sensaciones y emociones para contarlas a mis amigos de Brasil, más tarde preparamos algo de cena (las famosas judías blancas con cualquier cosa) que compartimos. Tras cenar estuvimos conversando mientras que en el exterior se fraguaba una tormenta de grandes dimensiones. La conversación en un principio banal, fue discurriendo por derroteros conocidos, la historia de Tomás, el tiempo, las etapas del Camino, las personas conocidas, el tiempo, los albergues, las comidas, el tiempo, las energías cósmicas, el tiempo que se confabulaba con la noche y acrecentaba el furor de la tormenta, la misión de Tomás en el Camino como cuidador de una puerta cósmica por la que pueden entrar el bien o el mal y otra vez el tiempo, más en concreto la tormenta que atrae las fuerzas negativas hacia la tierra que no pretenden otra cosa que destruir el Camino de Luz hacia el conocimiento, el Camino de Santiago, y eligen para ello, la puerta cósmica de Manjarín.

- Esta noche es peligrosa. Nosotros, como guardianes del Camino, debemos de estar atentos, ya que el mal está al acecho y la tormenta le facilita el trabajo.

Esa fue la frase de buenas noches que me dedicaron y creeros que, entre la opresión en la nuca debida a las bajas presiones, la sospecha de un peligro que no terminaba de comprender y el furor de la tormenta, la angustia que me brotaba del pecho era tremenda. No me considero cobarde pero las situaciones que no comprendo y por ello no sé como afrontar, me provocan un estado depresivo algo fatalista, eso sí poco intenso. Como comprenderéis no fue fácil dormirme y creo que soñé con luchas, luces y el vacío bajo mis pies.

Sin poder precisar la hora y en la mas absoluta oscuridad me despertaron los gritos del ayudante de Tomás:

- ¡Peregrino levanta, Santiago te necesita!
- ¡Vístete, el mal intenta arroyarnos!

No podía dar crédito a lo que oía sin ver, pero unos empujones sin contemplaciones hicieron que me aplicara en la tarea de salir del saco, localizar el polar y, a gatas, acercarme a la gatera de bajada del altillo.

Con el resplandor de las brasas de la estufa pude vislumbrar la puerta, que estaba abierta, y por ella entraban un viento terrible y frío y los gritos que lanzaba Tomás desde la calle.

Poco menos que a empujones bajé la escalera y fue entonces cuando me percaté de que, el escudero, iba vestido para la ocasión con una capa roja sobre una camiseta blanca con una gran cruz del Temple en la que, ni siquiera la noche podía disimular sus manchas. Mas preocupante era la lanza corta que blandía amenazador en sus manos y los gestos compulsivos con los que acompañaba sus incuestionables órdenes:

- Ponte ésta capa.
- Coge el pendón con la Cruz de Santiago que está en la pared y sal tras de mí.
- ¡Cuidado!, debes de hacer que no pare de ondear la Bandera de la Verdad. Tienes que ser solidario en esta lucha. El Camino de la Luz está en peligro. El Mal está intentando penetrar en el albergue, apoderarse de las fuerzas de la Cruz de Fierro y dominar los nobles corazones de los peregrinos.

No comprendía nada pero fui solidario como se me ordenaba y en medio del agua y el viento de la tormenta, mantuve el pendón de Santiago bien alto y ondeante, mientras Tomas y su escudero, transformados en guerreros de la Luz, intentaban enfrentarse a la tormenta del Mal con una vieja espada y una lanza corta, las que blandían con gran destreza bajo la espectral luz de los relámpagos, mientras proferían a grandes voces gritos y consignas de lucha:

- ¡A mí las fuerzas del Camino!
- ¡Por Santiago!
- ¡Contra el Maligno y la oscuridad!

Cuando ya estaba calado hasta los huesos, cansado de ondear la bandera bajo la lluvia y algo escéptico por la batalla que librábamos, un rayo terrible descargó muy cerca, hacia el oeste, hacia las instalaciones militares, y casi de inmediato la tormenta amainó y a los pocos segundos paró con la calma mas terrible que haya seguido a temporal alguno.

Me quedé sujetando la bandera como los penitentes sujetan sus cirios, con la boca abierta, el pelo chorreando agua, en una posición estática. Seguía sin comprender nada.

Tomás y su ayudante dejaron de gritar y gesticular, empapados y con aspecto cansado se acercaron a mí:

- Una vez más lo hemos conseguido.

Y los tres juntos entramos en el albergue. No decíamos nada, nos secábamos con alguna ropa indefinida por la penumbra y acomodábamos las manos frente a la estufa.

En silencio subí al altillo me desnudé y extendí mi ropa, me puse el chandal de emergencia y me metí en el saco de dormir.

No se cuanto tardé en dormirme pero mi sueño estuvo plagado de visiones y luces, de banderas y victorias, de gritos de batalla y de ruido de rayos. Una noche mágica y fantasmal.

A la mañana siguiente, muy temprano, hice mi mochila metiendo como pude toda la ropa mojada, procurando no hacer ruido bajé la escalera del altillo e intenté pasar entre mis anfitriones sin despertarlos.

Me sobresaltó la voz de Tomás:

- Peregrino, ¿no te quedas a desayunar?
- No, no, muchas gracias. Quiero adelantar camino.
- Pues Ultreia y buen Camino.

Salí todo lo aprisa que pude y no volví la vista hasta que supe que no podría ver el albergue.

Ahora, con más aplomo, creo recordar que cuando salía oí un ruido parecido a una carcajada, pero entonces, al igual que ahora, preferí pensar que eran gritos de las ocas de Tomás que me salían a despedir.

Gregorio de Zaragoza